

¡Qué animal!... ¡Echa, echa furores por esa boca, que ya te llegará tu San Martín, como á todos los que gruñen y blasfeman.

Porque además el vate dice en otro verso hablando de la divina religión de Jesucristo:

«De la vil religión los falsos dogmas.»

Y dice otras muchísimas burradas.

Dios misericordioso tenga compasión de este energúmeno.

## V

Ya se lo he reprendido varias veces, pero no se corrigen los jóvenes americanos ni se enmiendan de su desenfrenada afición á publicar revistas literarias.

Y á publicar en ellas versos ridículos y prosas detestables.

Para ellos no hay consejos ni amonestaciones que valgan: por más sanos y saludables que sean, por más que los dicte la mejor intención del mundo, no les hacen caso.

Díganles ustedes á esos muchachos, con la autoridad del sagrado libro del *Eclesiastes*, que todas las cosas tienen su tiempo, *omnia tempus habent*; que hay un tiempo propio para enseñar, pero hay antes otro tiempo propio para aprender; que hay un tiempo para escribir, pero hay antes otro tiempo para estudiar, que debe aprovecharse; que hay un tiempo para callar y otro para hablar, *tempus tacendi, et tempus loquendi*; un tiempo para plan-



tar y otro para recoger el fruto, *tempus plantandi et tempus evellendi quod plantatum est...* y como si cantaran ustedes.

Para los jóvenes susodichos todos los tiempos son iguales.

Al mejor estudiar se ponen á enseñar á otros lo que todavía ellos no han aprendido, y mucho antes de saber hablar correctamente en castellano, abandonan los ejercicios gramaticales y se echan á escribir de literatura.

Su forma predilecta de publicación ya se sabe que es la *Revista*, y no hay pueblo de mediana importancia que no tenga su *Revista* correspondiente.

Apenas había muerto en San José de Costa Rica, verbigracia, una revista titulada *Cuartillas*, que era en lo material mezquina y pobre, sin perjuicio de ser literariamente muy mala, cuando ha empezado á publicarse otra titulada *La Revista Nueva*, que es literariamente peor que la difunta, por más que parezca imposible, pero que materialmente es lujosa, de gran tamaño, de buen papel y con fotograbados aceptables.

¡Qué lástima de fotograbados y qué lástima de papel! da gana de exclamar á poco de haber comenzado á leerla.

Porque... verán ustedes cómo son las literaturas que gasta.

En el número 1.º, y en la primera línea de

la introducción ó prólogo con que trata de darse á conocer, se lee:

«*La Revista Nueva quiere ser un hogar...*»

¡Ave María Purísima!... Una *Revista*, un hogar...

Como no sea para quemar en él los originales antes de imprimirlos...

Esto no dejaría de ser acertado; pero entonces no habría *Revista*... Lo cual sería lo más acertado de todo.

¿No es verdad que la cosa empieza bien? Continuemos:

«*La Revista Nueva quiere ser un hogar al cual vengán á calentarse las inteligencias.*»

Me parece que para escribir estas cosas no es menester calentarse la inteligencia mucho. Pero sigamos adelante:

«... un hogar al cual vengán á calentarse las inteligencias que están padeciendo (¡pobrecillas!) el frío de la soledad y el silencio.»

Que son precisamente las dos condiciones más necesarias para el mejor desarrollo de las inteligencias: el silencio y la soledad.

De manera que la imagen no podía estar peor escogida ni aplicada, pues lamentar y



tratar de remediar la soledad y el silencio de la inteligencia, es hacer lo contrario de lo conveniente y debido, es cambiar los fresos.

A no ser que las inteligencias de los muchachos de Costa Rica estén constituídas al revés de las demás, cosa que ya he sospechado yo antes de ahora en varias ocasiones...

Porque entonces se explica que padezcan y sufran en la soledad y en el silencio, y vivan á gusto en la bullanga y en el jolgorio.

Mas no paran aquí todavía los deseos raros de *La Revista Nueva*.

No solamente quiere ser un hogar donde se calienten las inteligencias, sino que quiere además ser otras cosas no menos extrañas.

¿Qué dirán ustedes que quiere ser también *La Revista Nueva*?

Como no lo acertarían ustedes en la vida, porque no está bueno de acertar ni medio bueno; voy á decírselo: *Un jarrón*.

Así, como ustedes lo oyen.

Sí, *La Revista Nueva*, además de querer ser un hogar, quiere ser un jarrón, no precisamente para echar agua en el fuego del hogar y apagarle, lo cual no sería del todo malo, sino...

Pero mejor es que lo diga ella misma.

«*La Revista Nueva* quiere ser un hogar, al cual vengan á calentarse las inteligencias que están padeciendo el frío de la soledad y del silencio; un jarrón en que se ostenten juntas las flores del alma nacional.»

¡Perfectamente!

Ahí la tienen ustedes: *jarrón, hogar y Revista*, todo en una pieza...

Y no contenta todavía con ser todo eso, más adelante nos dice que quiere ser *jaula*.

No de locos, que esto ya lo es aunque no quiera, sino «*jaula abierta á los pájaros vecinos*».

Pues aunque no lo dice así terminantemente: «yo quiero ser *jaula abierta*...», etcétera, dice que «no se conformaría con ser *jaula cerrada á los pájaros de las vecinas selvas*», lo cual me parece que viene á ser lo mismo que decir que quiere ser *jaula abierta á toda casta de pájaros*.

En fin, el caso es que, no sé si como revista, ó como hogar, ó como jarrón, ó como jaula, sigue diciendo:

«Mala, muy mala esta reconcentración de los espíritus.»

En este período se nota la falta del verbo; pero al cabo, esta falta bien fácilmente se suple.

Si se pudiera suplir con la misma facilidad la falta de sentido común que se nota en ese y en todos los demás períodos, no saldría tan desgraciada *La Revista Nueva*.

Porque eso de decir que es muy mala la reconcentración de los espíritus, que todo el



mundo ha creído hasta ahora que es muy buena y que á ella se deben todas las grandes obras y todos los grandes inventos de los hombres, desde la catedral de León hasta el teléfono, no deja de ser un tropezón regular; pero á cada paso dan estos *revisteros* otro tan grande.

Por ejemplo:

«El deber de todo cerebro que *vive en la luz* (¡si tendrán estos jóvenes los sesos al soll!) es disipar las sombras de los cerebros pobres.»

¡Vayan con Dios los *Rostschiles* de la masa encefálica! ¡Vayan con Dios, y que Dios les aumente la modestia, que bien lo necesitan!  
¡Y pensar que para que se escriban estas cosas descubrió Colón el Nuevo Mundo...!

«Como Dios nos ayude—añaden—nosotros queremos llenar...»

Sí, las medidas á todo el mundo. Me lo había figurado...

Pero hay que confiar en que no les ayude Dios, porque Dios no ayuda á hacer cosas malas, como Revistas cursis, llenas de majaderías y de vanidades.

Quien les ayuda, según aseguran ellos más adelante, y según se ve por el pie de imprenta, que dice *Tipografía Nacional*, es el Go-

bierno de la República de Costa Rica, que ciertamente no ha podido buscar peor inversión á los fondos públicos.

«Como Dios nos ayude—siguen diciendo—nosotros queremos llenar con la fundación de este periódico un vacío que ya se *prolonga* demasiado. Si se nos deja solos, el fracaso es seguro (¡así sea!). Si se nos ayuda, si los que pueden vienen con nosotros, ya tendrá Costa Rica una Revista que la *honre*...»

¡Sí, por cierto!

Y los redactores un incensario para darse humo unos á otros.

Y enloquecerse más de lo que están, aunque ya están bastante enloquecidos, y aun de sobra.

«Aquí está—concluyen diciendo—*La Revista Nueva*, con sus páginas blancas, esperando á que el verso *conmover* venga á posarse en ellas...»

El verso disparatado, habrán querido decir, ó el verso rípioso, ó el verso sin sustancia; porque de estas tres clases vienen á ser todos los versos que se han posado en las páginas del primer número.

Y si no que lo diga un soneto titulado *La ingratitud*, que lleva la firma de *Pío Viquez*, y empieza:

«Una blanca paloma de Castilla  
Joven, muy joven, vino á mi morada.»



¡Joven, muy joven!

Esta repetición, sobre ser prosáica y fea, encierra un pensamiento falso.

Porque una paloma *joven, muy joven*, estaría sin emplumecer, y en este caso no podía ser *blanca*.

Pero ya se ve... diciendo solamente de la paloma: «joven vino á mi morada», no se llenaba el verso endecasílabo; y diciendo: «muy joven vino á mi morada», tampoco.

Por eso fue necesario decir: *joven, muy joven*, que traducido en puro castellano y de conformidad con el buen gusto, quiere decir: *ripio, muy ripio*.

Vamos adelante:

«Una *blanca* paloma de Castilla,  
*Joven, muy joven*, vino á mi morada.  
*Era tan linda*, que muy pronto *amada*  
Fue de mi *alma* la *cándida*avecilla.»

Bueno; hasta aquí no hay más defectos que los señalados, y el epíteto *linda*, que está un poco estropeado ya, y la asonancia del primer hemistiquio del cuarto verso con el final del tercero: *amada, alma*.

¡Ah! Y además *cándida*, que es la palabra que sigue á *alma*, también es asonante y... ripio.

Segundo cuarteto:

«Volar *aún* no podía; mas *sencilla*...»

Siguen las asonancias feas: *podía* y *sencilla*...

Fuera de que todo el verso es prosáico y duro, con el *aún* y el encuentro de las eses de *mas* y de *sencilla*, *massencilla*...

«Volar *aún* no podía; mas *sencilla*...»

Pero si volar *aún* no podía, ¿cómo vino?

La *traerían*; pero lo que es *venir*, no es posible que *viniera*.

«Volar *aún* no podía; mas *sencilla*,  
En mi cariño al verse *tan mimada*,

(prosáico y bajo y feo)

Se estaba en mi *regazo* *reclinada*...»

¡Hombre!...

Pero ¿de veras tiene *regazo* el Sr. Viquez?... ¿Gasta el Sr. Viquez saya ó basquiña como las mujeres?

Es de creer que no. Lo que hay es que el Sr. Viquez no sabe lo que es *regazo*, y como habrá oído muchas veces y habrá leído eso de *reclinada en el regazo*, refiriéndose, verbigracia, á una niña que está con su madre, lo ha repetido sin saber lo que decía, que es como los *poetas* de revistas suelen decir las cosas.



Aparte de que, aun prescindiendo de la impropiedad de atribuir *regazo* á un hombre, también lo de que la paloma esté reclinada es muy impropio.

Las palomas no se reclinan.

¡Otra como la de D. Antonio Cánovas del Castillo cuando nos presentó la golondrina *«arrimada á una ventana!»*

En fin, llegábamos á donde la *blanca* paloma de Castilla, *al verse tan mimada*, así, en pura prosa, se estaba reclinada en el *regazo* de Pío Viquez, si hemos de creerle á él, que sigue diciendo:

«Se estaba en mi regazo reclinada  
O en mis palmas...»

¡Dale con los asonantitos!

«O en mis palmas picaba la semilla.»

¡Picaba la semilla!... ¡Qué manera de decir que comía, que supongo que es lo que ha querido decir Pío Viquez!

Pues ahora han de saber ustedes que al autor de ese soneto tan malo está dedicada en *La Revista Nueva* una *instantánea* de dos columnas, que precede inmediatamente al soneto, y en la cual se lee:

«Pío Viquez es un escritor *original*, de tal modo que ha llegado á crearse un estilo propio, perfectamente caracterizado.»

Esto casi es verdad; perfectamente *caracterizado* por la *sosura* es el estilo de Pío Viquez.

Aunque esta característica suele ser tan común entre los *poetas* americanos, que ya, casi no es característica.

«Viquez—sigue diciendo la *instantánea*—tiene un temperamento de sensibilidad exquisita...» «Viquez ha escrito *lindos versos* (como la muestra, ¿eh?), *trabajados* (y trabajosos) como diamantes, *sentidos*, *armónicos*, que se recitan con entusiasmo y se guardan con esmero.»

Esta granizada de elogios á unos versos que casi no pueden ser peores, da una idea desconsoladora del estado intelectual y moral de los pobres jóvenes degenerados que escriben *La Revista Nueva*.

Pero todavía falta lo mejor de la *instantánea*.

Porque después de haber volcado el tarro de los elogios sobre los malos versos de Pío Viquez, dice que todavía es mejor su prosa, y lo dice de esta manera:

«Lo de más valor en él es su prosa *genial*, *brillante* y *florida* como un *arabesco*, *delicada* y *primorosa* como el más fino encaje...»

No hay necesidad de decir después de esto que la prosa de Pío Viquez es mala, *revesada*, *oscura*, *insufrible*...



Pero al encomiador le parece que todavía no la ha ensalzado bastante, y sigue diciendo:

«Sus descripciones son con frecuencia cuadritos admirables bañados en luz tropical... «Su prosa tiene grandes cualidades que la *ameritan*», etc., etc.

Y como esta instantánea interminable aparece firmada por Gregorio Martín, otro día aparecerá en *La Revista Nueva* la instantánea de Gregorio Martín firmada por Pío Viquez, que dirá de él divinidades.

Y así se solazan aquellos muchachos en sus Revistas, y para eso las quieren, como he apuntado ya en otra ocasión, para llamarse *Genios* unos á otros.

Después del soneto de Viquez, con su *regazo* y su paloma *reclinada* y sus otras cien tonterías, viene en *La Revista Nueva* un artículo largo con el título de *La soirée del 28 de Febrero*, que empieza:

«La fina invitación de la distinguida señora de Mejía nos abrió las puertas de su casa en aquella noche de recuerdo inolvidable.»

Y tras de esta introducción cursi, un señor D. Leónidas Pacheco, que viene á ser un *Asmodeo* rebajado, emplea tres columnas en decir que la señora de Mejía estaba «*elegantemente vestida y deslumbrante de belleza*», que

«es joven, *espiritual y elegante*», que «el hotel de aquella dama está lleno de *elegancia discreta*».

Y van tres *elegancias* en poco más de tres renglones.

Y sigue diciendo que

«... su fiesta, de la que ella fue el alma, tuvo el indecible encanto que sabe imprimir á sus actos quien, como ella, *desborda en simpatía*», como si dijera que «borda en cañamazo»; que «la misma señora de Soto posee á la *perfección* (en correcto francés) varios idiomas, viste con *elegancia* (que es la cuarta elegancia) exquisita, *se peina con arte supremo* y es admirablemente bella»; que «Soledad Mejía es la *viva encarnación de la gracia*», pues «no en vano las brisas de París halagaron su frente»; que por eso «*derrocha el sprit* como quien lo tiene de fuente inagotable» y «á sus amigos *los ata* de modo perdurable con el lazo de *viva simpatía*»; que Julia Trigueros tiene «*risa argentina* é infantil, ojos picarescos» y es «*deliciosamente espiritual*»; que «Teresita es un delicado y encantador botón de rosa» y «Gicela es lo que se puede llamar un *colmo de simpatía y de gracia*», y «Virginia es la cándida promesa de la dicha», y así sucesivamente.

¿Verdad que el asunto no puede ser más importante ni más digno de llenar las columnas de una Revista literaria costeada por el Gobierno?



Pues hay luego otro artículo titulado *Delirio*, que es... el delirio verdadero.

«¡Pasad, pasad, albos ensueños! Imágenes de dicha que se ha llevado el tiempo...»

Como ven ustedes, el *Delirio* está escrito en verso involuntario, con asonantes y todo, á las veces.

«¡Pasad...  
Pasad albos ensueños!  
Imágenes de dicha  
Que se ha llevado el tiempo...  
Risueñas esperanzas,  
Recuerdos perfumados...»

Lástima que no hubiera dicho «perfumados recuerdos», para que siguieran los asonantes y la anacreóntica automóvil, como quien dice.

Pero no; lo que sigue es prosa bien mala:

«¡Oh! *pasad, pasad, besad* mi frente, y luego, mañana, volved á aparecer! Así...  
¡Oh, qué delicia!...»

Copio exactamente la puntuación y la colocación de las palabras en los renglones, porque en esto estará el intrínquis... á no ser que no esté en ninguna parte.

«... . . . . ¡Ah, sí! allí veo su figura que se destaca *temblante*...»

¡Vamos!... ¡Y pensar que de la Revista que publica estas cosas dicen sus autores que viene á llenar un vacío!

Como si se pudiera llenar un vacío con otro...

¿Y á esto querían los redactores que Dios les ayudara?...

Lo que sigue son unos versos titulados *Últimas flores* que... ¡ya pasaríamos de buena gana porque se las llamara flores, con tal que fueran, en efecto, las últimas!

«Cuán dulce es el anhelo  
Del labrador *cansado*...»

¡Claro!... El labrador, por fuerza, creen estos vates que ha de estar cansado.

Acaso lo esté más el lector de la Revista.

«Cuán dulce es el anhelo  
Del labrador *cansado*  
Que reclama á la tierra su tributo.  
Ver florecer en el *marchito* prado,  
Bajo la *fresca* lluvia  
Del *fecundante* cielo  
La *verde* yema ó la *celdilla rubia*...»

¡Bien hecho!

Hasta aquí veníamos á epíteto por verso; pero en este último ya entraron dos, *rubia*, la celdilla, y *verde*, la yema.

Después de haber sido ya *fecundante* el cie-



lo, fresca la lluvia, marchito el prado, y el labrador, ya se dijo, cansado.

Todo esto á más de no saberse á punto fijo de quién es aquel *su tributo*.

Poco más abajo dice el poeta, llamémosle así:

«Nunca lo triste, nunca á mí me deja...»

Repetición que hace recordar aquella famosa y cursi de Cánovas:

«¿Quieres, Elisa mía,  
Que entone, quieres...?»

Aparte del *á mí me deja*, que á cualquiera le deja en una... prosa.

«Nunca lo triste, nunca á mí me deja;  
Mas no pienses por eso que me inspira...»

No, no hay peligro de que piense nadie semejante cosa. Ya se ve claro que no le inspira á usted ni lo triste, ni lo alegre, ni nada. Porque se ve que carece usted de inspiración en absoluto.

Siga usted:

«Nunca lo triste, nunca á mí me deja;  
Mas no pienses por eso que me inspira,  
Como un aciago numen que me asiste...»

*A mí me deja... que me inspira, que me asiste... quemé, quemé...*

Queme usted sus versos y acabe usted de hacer sufrir á los lectores esos prosaismos desesperantes.

Todo por el afán de hablar mucho de sí mismo; en lo cual también se parece este desdichado vate al difunto cantor de Elisa y de la luna...

Dios los cría, y ellos... se dan á escribir versos detestables.

Los presentes, que como malos no dejan nada que desear, llevan la firma de *Gastón de Silva*, que según mis noticias es un seudónimo de Justo A. Facio, seudónimo que no está mal escogido, porque, escribiendo así, no dejará de *gastar* alguna *silba* que otra...

Más adelante blasfema y disparata en prosa un señor Masferrer, que diz que es Cónsul de la República del Salvador en Costa Rica, y que aun cuando en lugar de *Masferrer* fuera *menos ferrer*, no perdería nada; porque eso que hace ya es *ferrar* ó *errar* demasiado.

Y él, el grandísimo tonto, se gloria de ello, diciendo:

«Maldigo y blasfemo... y... pido á Dios...»

—¡Hombrel ¡Pues vaya una mezcla!...

—No, no crea el lector que al decir el vate «pido á Dios», es que ora, no; es que sigue blasfemando horriblemente.

«Maldigo y blasfemo... y... pido á Dios cuenta de los destinos inclementes que llevan condenados á mis semejantes.»



¡Qué atrocidad!... ¡Dios mío, perdónale, porque no sabe lo que dice!

Y perdona también, Padre misericordioso, al atolondrado Gobierno de Costa Rica, que gasta el dinero de los contribuyentes cristianos en imprimir y divulgar esas burradas.

Volviendo al *Mas-ferrer* ese, ¿qué se va á esperar de un pobre insensato que cree que las ideas salen de los intestinos?

Pues así, sin quitar ni poner, así lo dice el *Masferrer* que *pide á Dios cuenta* (!!!) en lugar de pedirle humildemente perdón de sus pecados.

«Por todas partes no verá sino grande armonía, profunda armonía; como que sus ideas *vendrán ya de los intestinos* bañadas en el rocío de la dicha»...

.....  
—¿Que apague y nos vayamos—dicen ustedes?

Pues apago y lo dejo, sin acabar el examen del número 1.º de *La Revista Nueva*.

Pero no sin admirar una vez más la... *sabiduría* del Gobierno de Costa Rica, que costea, con el nombre de Revista literaria, la impresión de estas... cosas.

¡Como si fueran literatura los disparates!

## VI

Soneto purgante.

En el último número del *Album Ibero-Americano*, periódico semanal con ilustraciones, dirigido por la egregia escritora D.<sup>a</sup> Concepción Jimeno de Flaquer, me he encontrado con un soneto que, francamente, no corresponde á la fama que su autor, D. Salvador Díaz Mirón, tiene de poeta de primer orden allá en Méjico.

Los lectores del primer *montón* de RIPIOS ULTRAMARINOS recordarán que este Díaz Mirón, poeta de primer orden, según la clasificación americana, es aquel Díaz Mirón, poeta mediano según la clasificación nuestra, á quien otro poeta mucho peor, Manolín Gutiérrez Nájera (que ya se murió de puro malo), dedicaba aquellos versos llenos de barbaridades y de ripios, uno de cuyos cuartetos empezaba:

«No te brinda la musa sus favores...»



Bueno; pues esta era la única verdad que decía el pobre Manolín en aquellos versos.

Verán ustedes cómo efectivamente á don Salvador Díaz Mirón no le brinda sus favores la musa.

El soneto que va á servir de demostración lleva por título y dedicatoria, todo en una pieza, A TI.

No se yo quién será *Ti*, ni ustedes tampoco lo sabrán regularmente; pero ni á ustedes ni á mí nos importa saberlo.

Supongamos que sea una mujer, y vamos á ver lo que la dice.

## A TI

«*Portas* al cuello la gentil nobleza  
Del heráldico lirio...»

¿Que qué quiere decir con esto el Sr. Díaz Mirón, me preguntan ustedes?

¡Ah! yo no lo sé... ni él acaso tampoco.

¡*Portas* al cuello!

En primer lugar, el verbo *portar*, activo, está anticuado; no se usa en castellano hace ya siglos, á no ser en composición, como en porta-fusil, porta-manta, porta-mosquetón, porta-monedas, etc.

Hasta el Diccionario académico, que da como corrientes muchas voces sin uso, pone la nota de anticuado al verbo *portar*, activo.

Doña Emilia Pardo, que es muy aficiona-

da á lo extravagante, decía en aquel famoso cuento en que puso alas á la garduña: «¿Qué haces, pasmón, que no *portas*?» por decir que no *traes*, lo cual probará cuando más que el verbo se use en gallego, pero no que se use en castellano.

No; en castellano y fuera de composición sólo se usa este verbo como reflexivo, en la acepción metafórica de *conducirse* moralmente. Así se dice: «Fulano se *portó* bien», ó «Fulano se *portó* mal», para significar que observó buena ó mala conducta. Y también se usa el participio pasivo *portado*, con los adverbios *bien* y *mal*, en la acepción de aseado, vestido... Verbigracia, «Fulano se *presentó bien portado*».

Todo eso se puede decir y se dice.

Lo que no se puede decir es «*portas* al cuello». Se dice *allevas* ó *traes* al cuello».

Mas prescindamos generosamente de la extravagancia del *portas* y repitamos la frase, á ver si logramos entenderla:

«*Portas* al cuello la gentil nobleza  
Del heráldico lirio...»

¿Qué querrá decir D. Salvador con eso?... ¿Qué será ó qué significará llevar al cuello la *gentil nobleza* del *heráldico lirio*?...

¿Será que la señora á quien se dirige lleva al cuello una flor de lis?... ¿Querrá decir que tiene el cuello blanco como una azucena?...



¡Vayan ustedes á saber!...  
Y eso que... no: mejor es que no vayan;  
porque tendrán que volverse como habían  
ido, sin averiguarlo.  
Vamos adelante.

«Portas al cuello la *gentil nobleza*  
Del *heráldico lirio*; y en la mano  
El puro corte del cincel pagano;  
Y en los ojos abismos de belleza.»

Es decir; *portas* en la mano el puro corte...  
etcétera, y *portas* en los ojos abismos... etc.

¡*Portar* es!... Pero en fin, esto parece dar  
á entender que en aquel verso y medio del  
principio, no se trataba de un adorno, de una  
flor de lis que llevara ó *portara* al cuello la  
dama, sino de la blancura y belleza natural  
del cuello, puesto que en los otros incisos  
también se trata de bellezas naturales.

Pero en este caso es impropia también la  
frase *al cuello*, pues lo propio sería decir «*en*  
*el cuello*», como se dice luego «*en la mano*» y  
«*en los ojos*»...

Y además... ¿por qué se ha de llamar *gentil nobleza* á la blancura?...

Nada... que no se sabe cómo entenderlo.  
Pasemos al cuarteto segundo:

«Hay en tus rasgos *acritud*...»

¡Caracoles!... ¡Vaya una flor que echa el  
vate á la dama!

*Acritud* es... aspereza, desabrimiento, mal  
humor, genio avinagrado...

De manera que después de haberla dicho  
que portaba al cuello la *gentil nobleza*... y to-  
das aquellas cosas, ahora resulta que es una  
señora rabiosa, mal educada y áspera como  
un cardo borriquero?

A no ser que el poeta no sepa lo que es  
*acritud*...

Porque acá entre nuestros modernistas,  
hay muchos que creen que *acre* es cosa bue-  
na, y llaman *acres* á los colores bonitos, y á  
los placeres y á cualquier cosa...

En fin, vamos á ver en qué para.

«Hay en tus rasgos *acritud* y alteza,  
Orgullo *encrudecido* en un arcano...»

Que es como si dijéramos, majaderías bor-  
dadas en un caldero de azófar...

Porque me parece á mí que así servirá el  
arcano para *encrudecer* el orgullo, como el  
caldero para bordar... ó para hacer sonetos.

Otra vez:

«Hay en tus rasgos *acritud* y alteza,  
Orgullo *encrudecido* en un arcano;  
Y resulto *en mi prez* un vil gusano  
Que á un astro empina la *bestial* cabeza.»

¡Qué disparatar y qué amontonar impro-  
perios!



Ya no es de extrañar que el poeta llame avinagrada y áspera, y aun arpía, á la *obsequiada* en el soneto, cuando á sí mismo no se perdona.

Como que se llama, *en su prez, gusano vil con cabeza bestial*.

¡Hombre, no! Bueno es que sea usted humilde, pero... ni tanto, ni tanto.

Aparte de que lo de la cabeza *bestial* del gusano tampoco está bien, porque á los gusanos no se les suele llamar *bestias* ni se suele decir de ellos que tengan cabezas *bestiales*.

Y no crean ustedes que los tercetos son mejores, ¡quí! Todo lo contrario.

Como que dicen:

«Quiero pugar con el amor...»

Tampoco ese pugar está bien: tampoco se usa ese verbo en tales circunstancias. Se dice: «quiero *luchar*...»

Verdad es que así es como dicen todos, y si lo hubiera dicho también el Sr. Díaz Mirón, no habría extravagancia, que es lo que á él le gusta, por lo visto.

Parece primo de D.<sup>a</sup> Emilia...

Continuemos:

«Quiero pugar con el amor, y en vano  
Mi voluntad se agita y endereza  
Como la grama tras el pie tirano!»

Advierto á ustedes que esta admiración,

igual que las otras de los cuartetos, es del autor, que de todo se admira, ó de todo quiere que nos admiremos los lectores: hasta de las cosas más simples.

«Humillas mi *elación* y mi *fiereza*...»

¡*Fiereza!* ¡*Elación!*... ¡Cómo se pone el hombre de perrerías y de arcaísmos!

Acabemos.

«Humillas mi *elación* y mi *fiereza*,  
Y resulto *en mi prez* un *vil gusano*...»  
(Y vuelta allá con la *bestial* cabeza.)

Así, variadito.

Y nada más.

\*  
\*\*

—Pero, diga usted...

—¡Ah, sí! Ya sé lo que me van ustedes á preguntar... Ustedes me perdonen... Se me había olvidado explicárselo...

Que por qué he llamado al soneto de Díaz Mirón soneto purgante, ¿verdad?...

Pues no es precisamente porque sea malo, que sí lo es, como ustedes han visto, sino porque está fechado en Jalapa.